El poema del río /Pa

Al salir el sol, sube despacio siguiendo la senda que desde la pradera del río remonta a la llanura de las encinas. Hace frío, mucho frío. Sobre la hierba, se ve blanca la escarcha y de las ramas de algunos árboles, cuelgan gotas heladas. Es el frío propio de estos primeros días del año. De aquí que arriba y a lo lejos, se vean blancas las cumbres de Sierra Nevada. La nieve ha caído en abundancia hace una semana y ahora las noches son muy largas. Aunque hoy, esta mañana, el cielo se presenta por completo limpio de nubes, azul intenso y con el sol iluminando puro.

Avanza despacio, recogido en sí y en silencio. Roza las viejas encinas de la derecha y, unos metros más arriba, se encuentra con las ruinas. Montones de piedras, trozos de tejas, algunos metros de paredes por completo rotas y la hierba brotando por entre todas estas ruinas. Se detiene, mira un momento, respira profundo y sigue.

En su mente se amontonan los recuerdos y en su corazón le amarga la tristeza. Por sus ojos brotan lágrimas y en sus manos se apelmaza el frío. A su izquierda aparecen las otras cuatro encinas. Recuerda los momentos que por aquí ha vivido y mira. Ya no encuentra por el suelo ni una sola bellota. Pero por la tierra, por toda la llanura hasta el collado, la hierba cubre en un tupido y verde manto. Como si pretendiera anunciar que la vida brota por primera vez a lo ancho del Universo. Él sabe que no, que todo es viejo, muy viejo. Tan viejo que ni siquiera su mente es capaz de imaginar el principio ni tampoco el fin y por eso, la hierba reluce como si fuera el comienzo de todo. Y siente como si en este comienzo, eterno estuviera aunque se note viejo, cansado, solo en este mundo y frente a la gran verdad que da sentido a la Creación completa.

Corona hasta el collado. Aquí se para un momento y mira hacia su derecha. Descubre el cauce del río. Serpenteante, hermoso, esquivando rocas y árboles, se desliza y avanza hasta rozar el collado. Desde aquí, continúa avanzando y por su izquierda, se pierde al fondo y a lo lejos. Antes de desdibujarse, se encuentra con las rocas. El laberinto rocoso que la misma corriente del río ha pulido y modelado a lo largo de los tiempos. Por aquí se ve la extraña roca que tanto le gustaba cuando, de pequeño, por estos rincones se movía.

Del bolsillo de su pantalón, saca un trozo de papel, algo roto, amarillento y escrito por una sola cara. Ni siquiera recuerda ya en qué momento escribió lo que en el papel hay. Sobre la piedra se sienta frente a la clara corriente del río y lee despacio:

“Cuando ya no esté, Dios mío,
y el río del edén siga corriendo
con la transparencia que lo he conocido
y con la luz y gozo que me ha dado contento
desde aquella primavera que me lo encontré
chiquitico, allí donde duerme el viento,
para cuando ya no esté, Dios del alma,
sólo tres cosas pedirte ahora quiero:

Permíteme que cada noche sueñe
con este río que aquí me dejo
y permíteme que sienta el rumor de su corriente
con la misma claridad que hoy la siento
para que mi corazón enamorado
no se muera de tristeza en el destierro.

Permíteme, Creador de las estrellas,
que cuando esté soñando este dulce sueño,
pueda percibir el olor de las montañas
que dan vida al que es el río más bello
y permíteme que pueda coger
los juncos y las ramas de los fresnos
para que en aquella distancia amarga
siga vivo un poco más, aunque esté muerto.

Permíteme, amado Dios de mis entrañas
que cuando ya no esté y me alimente con el sueño,
encuentre cada noche un prado limpio
y un poquito de hierba junto al sendero
para refrescar las sangre de mis venas
y seguir creyendo, que aunque muerto,

vivo todavía por estas riberas
donde recibí de ti aquel tan hondo beso”.